

CINCO POEMAS

POR

ANGÉLIKA BECKER

MONEDA ROMANA

Blanca y sólida me diste una luna de plata,
con margen sufrido, una luna que se arquea en sus bordes,
resistente al oleaje del mar de los siglos.

Alguien, hace siglos,
trabajó aquel trozo de plata, su voluntad imponiendo,
y dura, perdura
aquel trozo anónimo de una voluntad que ya no perdura.
Menuda me oprime la mano con su peso ligero
que tanto pesa, tantos esfuerzos, tantísima historia incrustada
en sus símbolos ilegibles que algún día habrán dicho:
«Vale un sextercio.»

Hoy no lo sabemos. Aquella pátina invisible, aquella niebla
incierta de centurias habidas,
mezclada a la certera existencia de esa moneda sin nombre,
se muestra hostil, se opone a nuestra mirada,
pequeño universo hermético con sus propias leyes, sus cabales
tristezas,
secretos, injusticias, engaños, muertes y fechas, nombres
hoy olvidados, tal día, en tal comercio, de tal ciudad...

Es un mundo

ajeno, estático, incomunicado y sin vida,
encerrado en su vaina de plata por todos los siglos, por los siglos
de todos los siglos,
extraño intruso pretérito, fósil vivo que vivido vive
de su pasado glorioso que nunca pasa, que nunca muere,
que siempre vive cual si fuese de hoy,
cual si el mundo de hoy no existiera.

ESCENA

Tocamos la puerta sombría que se abre
en silencio. La placa dice: Abogado.
La sala de espera, en penumbra, y las verdes butacas
acogen burocráticamente,
y tomamos asiento.
Delante de nosotros, dos esperan. Sus divorciadas siluetas
se confunden bizarras con la sombra, y se agitan sus manos,
irreales,
en conversación solitaria. Son las palabras
pálidos brotes secos,
sin tangencia,
aisladas resonancias y separados círculos.
«Gallo soy», dice el hombre.
«Gallo todopoderoso que tiñe diariamente
el mundo de rosadas auroras
inéditas.»
Final absurdo de un acto, y mutis. Sin expectación,
algo insiste. Es la voz femenina,
un susurro,
un maullido inaudible que se apaga
en mundos diferentes:
«¿Mandarás hacerme un abrigo de los siete ratones
que cacé por la noche?»
La pareja se extingue en la sala. Las palabras se borran.
[Nadie habla ni escucha.
Las sombras acentúan su rango en la estancia sin gente.

EL ENGAÑO

El engaño es a veces
una muy bella fruta, dispuesta
en un plato ficticio de entrañables colores.
Cuando quieres asirla, te dicen: «No, no la cojas.
Ha de madurar todavía.»

Y luego,
el engaño
es una risa irónica

que nace en la boca de un ser que no existe, y se plasma de pronto
en las graves formas de una fruta muy lisa, mas podrida
por dentro.

Ya nadie te prohíbe cogerla, y la coges,
y la tocas.

Se deshace en tus manos como polvo. Lo regalas al viento.

Cerrados están los jardines y los frutos se secan.

¿Quién coge las hermosas manzanas, la morada tristeza,
el verde dolor de las viñas, las frescas frambuesas?

Ya pasas, ya te alejas,

queda mucho camino.

Mas de pronto te inclinas con dulzura,

puesto que ante tus ojos

algo límpidamente resplandece, blanco, suave, redondo.

Te inclinas y recoges el objeto: Es también una fruta, la más perfecta
que existe en el mundo, la que nunca parece, blanca carne,
severa y hermosa:

el paciente guijarro.

Mirando la nítida piedra, aceleras tus pasos en el bello paisaje de rocas,
y en el bello paisaje, en su fondo,
te pierdes.

EL PESO DEL PASADO QUE AUN DECIDE

«Los naipes esperan».

Fue entonces cuando vi al tahúr que tenía cogidas mis manos.

Los

demás jugadores

colgados estaban en la pared, pues eran retratos: Silenciosos
retratos de antepasados, en mudez sumergidos, y en penumbra.

Pero

sus ojos

como flechas nos perseguían desde el marco, y cada mirada
decía: «triunfo».

Al caer el albur se oía un leve suspiro.

un sonido a media voz de campana frágil

(las golondrinas movieron sus alas de pluma)

y en los muertos ojos de los tahúres
casi nació la sonrisa. Tan fuerte era
el resplandor de ese naipe.

Y al caer la segunda carta, estaba tu pecho en el mío
y se apagaron las luces...

A veces pasamos por aquellas salas vacías
como por una iglesia o un recuerdo, cuando nos llama
desde las casi habitadas mesas un juego de naipes.

Entonces

va por los ojos en la pared de penumbra
un trágico resplandor que nos hiere la frente. Porque la última carta
está aún sin echar y todavía me espera,
tremenda, grave, sombría,
en una habitación desolada que puede ser que ni exista.

FLORES

Tienen un olor tan leve que apenas
se percibe.
Ayer las cogí, cuando me hallaba alegre
en la montaña muy alta y de muchos secretos:

Líquenes

que se arrastran ávidos por la roca, hierba negra, o quizás gris que se
a la poca tierra que queda. Pero cuán dulce [aferra
el tapiz que ella otorga a los pies que caminan en busca de algo
que no son precisamente esas flores.

Mas ahí están, amarillas, leves, aún vivas,
un último rayo del sol en que se miraran (cual si fuese un espejo),
hace tan pocas horas.

Hieren

con su sonrisa de luz prestada, tan menudamente, tan débiles
como el ser que las toca.

Pero ¿dónde estás, oh día feliz que con flores
me sonreíste, y con lentas rocas pesadas?

Las flores me siguen mirando, sigue aquella sonrisa,
aunque tú ya no existas.

Todo se borra.

Y el limbo frágil
de unas flores también se sumerge en la noche. Perdura
tan sólo una leve tristeza, una nostalgia
que también se desvanecerá sin tardanza
con el día que ha de llegar por oriente.

ANGÉLIKA BECKER
Wien, 7
Apollogasse, 8/11
AUSTRIA